



MEMORIA
Por MARTA BLANCO 709320

Las Últimas Noticias, Siglo, 30-XII-1972, p. 8, Supl.

Morir es un mal: los dioses así lo juzgan, pues de otro modo morirían...

La vida es tan extraña: "El Mercurio" anuncia un homenaje a Luis Oyarzún. Su muerte nos ha dejado contritos y atónitos, aun a aquellos que lo conocimos breve tiempo, ajeno ya a la mayor parte de sus ocupaciones universitarias.

Lucho fue un hombre magnífico. Escribía con una letra menuda, como construida con minúsculos palos de fósforo, llenaba cuartillas celestes, y las llenaba entre interrogaciones y exclamaciones, con puntos suspensivos y asteriscos, cuidando siempre de citar, si citaba, y de escribir con la misma humildad con que vivió. Guardo sus cartas en una carpeta, esperando que el tiempo las amarille y les confiera su calidad de privilegiados recuerdos.

Par el momento, Luis está vivo. Pues no quería morir. Está vivo para mí, muy especialmente: en el último tiempo conversamos largo, por correspondencia. Algunos meses atrás lo vi en Valdivia, entre sus papeles y sus libros, ordenado y sonriente. Almorzamos juntos, en su casa, mirando la curva del río Calle-Calle, algunas nubes que se apresuraban a desaparecer y unos helechos recién plantados por él en su pequeño jardín.

No quiero hablar de su talento. Dejaré eso para sus compañeros de generación, para sus discípulos, para sus amigos antiguos.

Lo cierto es que su vida fue grande, acaso porque, al igual que Borges, participaba de aquello de "ya no seré feliz y no me importa..."

Perseguido, angustiado, en busca de la perennidad que nos está negada, fue mal comprendido por su excelente humor, su reverencia ante la belleza, del mundo, que descubría inagotable en una mínima amapola silvestre, o en la flor del cardo blanco de los desiertos del norte, o en un muelle desolado y crujidor, sobre el río, la lluvia cayendo sobre él y su boina.

Eramos amigos desde hacía poco. Lo conocí maduro, mas no por eso duro. Era tan frágil en su apariencia de niño acongojado, aun bajo el pelo blanco de sus últimos años. Tan secreto. Guardaba una increíble cantidad de información: se había ido llenando de sabiduría cual un antiguo monje tibetano, y desconfiaba del éxito, que atrae a la mayor parte de los intelectuales.

No dudó en entregar su esfuerzo. En diseminarlo entre las maravillas del mundo. Fue un amante de la naturaleza, del mundo, de la poesía de la vida en todas sus manifestaciones.

Acaso por eso empecé temiéndolo. No negaba su estirpe de poeta y trashumante, y acepté el canto de las sirenas sin amarrarse al mástil; nuestro Ulises probó todos los elixires, recorrió las remotas carreteras de Serice; se hundió en los recónditos pueblos del Japón con esa pasión del viajero condenado por su misma sensibilidad a ser penitente, pero más que penitente, romero. Romero de su alma, que le pedía en constante inquietud no negarse a nada, para alcanzar a conocerlo todo.

Acelerado en su madurez, brillante en su juventud, resultaba incomprendible su afán de quemarse violenta y arduamente. Amaba la quietud, allí en Valdivia, quizás porque preveía —intuía— que el tiempo le iba siendo breve.

Me hizo reír con sus anécdotas y peregrinaciones. Con sus chistes y sus chismes.

En Manhattan, una tienda de trastos viejos. Tras el mostrador, doña Dositea. Siempre discu-

bria seres así; reclusos en infimas ocupaciones, ocultos en sus celdas monacales, en sus alvéolos y abejas, seres llenos del vital espíritu, allí donde estuvieran. Compraba cosas inútiles y bellas, antiguos botones, tarjetas dedicadas por Eise, cien años atrás, a una antigua señora Williamson, para enviarlas después a sus amigos. Camisas de seda china, zapatos charolados de algún bisabuelo poderoso. Bastones y paraguas desvencijados, con cachas de marfil tallado, de plata abollada, cajas de palisandro o porcelana, plumas y piedras. Todo lo guardaba, en su ordenado ritual arduo. Su casa era él, en gran medida. Una casa abierta, hospita, amable, silenciosa. Una madre espléndida que lo acompañaba por el mundo con su talento a cuestas y sus muebles y cuadros y esmaltes llenando cualquier rincón con esa personalidad conjunta que los hacía indivisibles.

Fue amigo de sus amigos y algunos, que de seguro no lo quisieron demasiado bien, no lo amargaron en su infantil capacidad de inocencia. Se mantuvo siempre como recién bautizado frente al mundo.

Memoria [artículo] Marta Blanco.

Libros y documentos

AUTORÍA

Blanco, Marta, 1938-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Memoria [artículo] Marta Blanco.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile